

COLECCION CAPRICHOS * FUNESIANA

QUIERO MORIR CUANDO TERMINE ESTE VERANO

POLA

Quiero morir
cuando termine
este verano



Quiero morir
cuando termine
este verano



Pola

funesiana
| 2020 |

Pola

Quiero morir cuando termine este verano /
Pola. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos
Aires : Funesiana, 2020.

62 p. ; 397x567 px .- (Capricho / Lucas
Sebastián Oliveira; 2)

1. Novelas. 2. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

* *Quiero morir cuando termine este verano* de Pola
integra la colección
Capricho de la editorial Funesiana.

Edición a cargo de Walter Lezcano.



copie, reenvíe
preste, fotocopie
comente, corrija
tache y vuelva a copiar
citando todas las fuentes
* chequee *

diseñado en los talleres propios
ubicados en
floresta, buenos aires, argentina

primera edición PDF
| marzo de 2020 |

Para Diego y Lauti



PEQUEÑA HONDURAS

107 FAUNOS



Las cuatro cuadras que separan mi casa con la de Lauti las hacemos fumando. A veces nos desviamos una cuadra para pasar por el kiosco y comprar unas latitas de cerveza. Lo pasamos a buscar nosotrxs porque si no se cuelga y tarda un montón, cuando salimos con él siempre llegamos tarde.

Eran las seis y media cuando llegamos. Nos dijo que antes de irnos quería mostrarnos algo y nos invitó a pasar. Había comprado una

Patagonia y una Wasteiner, estaban dentro de una olla con agua fría y una bolsa refrigerante.

Nos mostró el sintetizador que se había comprado, vio en las historias de Instagram que Mora de Riel tenía uno y corrió a comprarse el mismo. Yo me desconecté de la charla al primer sorbo de Patagonia, me parecía rica hasta caliente. Con mi hermano pensaron en armar una banda, que el show debut sería en una *pool party* en casa, empezaron a imaginárselo todo; después de tocar iban a pasar la música que nos gustaba. Nos pusimos a ver videos de Jamiroquai en YouTube y flashamos con sus coreografías, nos ima-

ginamos a nosotrxs recreándolas en esa fiesta con nuestrxs amigxs. Qué amigxs, me preguntó mi hermano, y nos reímos con algo de tristeza. La fiesta terminó, duró media hora en esa habitación.

No sabíamos qué banda era la que estaba tocando, pero igual con Lauti fuimos corriendo al pogo a empujarnos hasta tirarnos al piso. Mi hermano se tapó la cara de vergüenza y se fue para el fondo haciendo como que no nos conocía. Mientras jugábamos la gente nos miraba raro, nosotrxs nos reímos hasta que nos dolió la panza y lo llamamos a mi hermano con la mano, que dijo que no con el dedo, pero nos son-

rió. Se acercó cuando empezaron a tocar los Faunos, junto con todo lo que quedaba del público.

Cuando empezó el primer tema rodeé a Lauti con un brazo y a mi hermano con el otro, me colgué de ellos haciendo que nos golpeáramos las cabezas. Mi hermano me pegó una piña en el brazo y Lauti un coscorrón. Seguimos cantando mientras agitamos los brazos. En mi tema favorito, me alzaron y me bancaron todo el tema haciendo mosh.

Al lado nuestro había un tipo con el pelo blanco y enrulado hasta la cintura que revoleaba su cabeza como si fuera un concierto de metal, del otro lado, una chica con pollera

de puntitos que se le veía la bombacha mientras bailaba. Del escenario tiraron espuma en aerosol y del público vasos con culitos de cerveza. Traté de no cantar mientras caía esa lluvia de cosas raras para no tragarme nada. Me sentía tan feliz que tenía ganas de decirle a mi hermano que lo amaba, pero sólo lo abracé.

Terminó el recital y fuimos a esperar el bondi sobre Pueyrredón, era de madrugada y ya no había más trenes. Estábamos cansados de tanto saltar y gritar, teníamos hambre. Pasamos por un kiosco y sólo nos alcanzó para comprarnos un paquete de papas fritas.

El colectivo tardó 40 minutos en llegar pero no renegamos, estábamos felices, recién empezaba el verano.



FUCK MALE SUPREMACY

FUN PEOPLE



II

El receso escolar hacía posible que pudiera ver más seguido a mis amigxs que vivían en otros lugares, que no iban a mi colegio, mis amigxs que me acompañaban a recitales. También me gustaba porque Dante, el hermano mayor de Sofi, venía de visita todo enero. Dante estudiaba en

Córdoba, algo de ingeniería en sonido. Nunca le había hablado, pero me gustaba mucho. Me encantaba su look siempre veraniego, bermudas de jean rotas y una remera blanca, usaba mucho una de Descendents que no era la típica remera de Descendents con el dibujo en blanco y negro; era otra y eso lo hacía verlo más cool.

Tuvieron que pasar dos veranos para que me animara a decirle a Sofi que me gustaba su hermano. También para confesarle que nunca había visto una pija en mi vida. Sofi se asombró y escandalizó más por lo último ¿16 años y todavía no cojiste? Me daba vergüenza hablar con

los chicos, me sentía torpe y fea, y esa era la razón por la que nunca pude hablarle a Dante.

Aquel fue nuestro último verano como estudiantes de secundaria, en realidad, como estudiantes. Sofi pensaba que al terminar el colegio podía irse a vivir con Dante a Córdoba y estudiar psicología ahí, pero al poco tiempo de graduarnos, Sofi, igual que todxs, se puso a laburar para poder bancar las birras y los recitales y los libros que ya no podíamos conseguir con plata robada de mamá y papá o de lo que nos regalaban las abuelas en nuestros cumpleaños, porque ya no había plata ni siquiera para robar, ya nos daba

vergüenza hurgar entre las carteras y los bolsillos de los pantalones, y si en algún momento caímos en la tentación, lo que encontrábamos no alcanzaba ni para media birra. Después las birras y los recitales y los libros se convirtieron en comida e impuestos. No nos quedó otra que crecer, ese verano fue nuestra despedida.

Fuimos a festejar el cumpleaños de BBK en Niceto, como todos los veranos era nuestra fiesta preferida. Dante nunca nos acompañaba, pero ese verano fue. De movida me resultó rarísimo y le pregunté a Sofi por qué el cambio de opinión.

Porque él también gusta de vos.

Estaba enojada porque no había guardado el secreto, pero contenta porque un venteañero lindo se fijaba en mí. Me miré el look por el espejo del celular, revisé mi maquillaje, mi peinado revoltoso con el pelo decolorado y mal teñido, después me miré las uñas, las tenía sucias y a medio comer con el esmalte saltado, también noté que la pollera que traía puesta me quedaba demasiado corta y ridícula. Me sentía una nena, una nena del indie. Me odié por ser tan común y predecible. No tenía ninguna remera de banda que no fuera la típica remera de esa banda, no vivía en un lugar lejano, no podía contar historias imposibles de che-

quear con gente que nadie conoce, no era especial como él. No sabía por qué se fijaba en mí, hasta pensé que Sofi me mentía, que me quería hacer la joda del verano, la última gran broma, quizás estaba celosa.

Como cualquier otro verano, no le hablé. Y como jamás había pasado en la vida, Dante se sentó al lado mío en los asientos de atrás del colectivo y me ofreció cerveza. Hablamos todo el recorrido del 166. Sofi y Manu se sentaron delante de todo, de vez en cuando miraban para el fondo y se reían, me hacían caritas y me tiraban besos. Manu me hacía gestos con la mano, Dante se hacía el que no miraba.

Cuando nos bajamos del colectivo Dante me propuso ir por un camino distinto al que estaban yendo Manu y Sofi. Nos metimos por unas calles llenas de bares, estaban cerrados porque todavía era de día y hacía mucho calor. La calle estaba desierta. Dante se sentó en una esquina tapada por árboles y se metió las manos en los bolsillos. Estaba más lindo y canchero que nunca, cuando lo vi sonriéndome me sonrojé.

Sacó sus manos del pantalón para agarrarme por la cintura, me animé a besarle mientras le corría el pelo de la cara. Me sentí a diez centímetros del suelo. Me siguió besando

mientras me acariciaba los brazos, el torso, las piernas. Su respiración se aceleraba y sus besos tenían cada vez más violencia. Empecé a sentirme un poco incómoda pero no estaba segura si quería parar. Sus manos agarraron las mías y se las llevó al pantalón, se lo desabrochó con mis dedos y empezó a tocarse. Me pidió que se la chupara y bajé a ver su pija con miedo, miedo de no saber qué hacer, de no saber cómo parar y miedo de que Sofi se enterara de que la primera pija que había visto en mi vida me había dado tanto asco que me dieron ganas de vomitar y llorar.



FANCY

LOS RUSOS HIJOS DE PUTA



III

Dijimos de encontrarnos en Morón para esperar a Sofi que venía de San Justo. Yo insistía en que si tomábamos el tren a Liniers y después el 34 nos ahorrábamos media hora. Aposté una cerveza que el colectivo tardaba más de una hora y media en llegar a Palermo. Perdí. Nos bajamos

del colectivo. Sofi sacó sus brillitos y los bindis de la mochila, para empezar a tunearnos la cara. Lucas nos dijo que parecíamos dos taradas.

Cuando llegamos nos encontramos con unxs amigxs que tenían un vino preparado, yo pagué la cerveza que debía y nos sentamos en ronda, improvisando un campamento en las puertas de Niceto. Pasaron varias horas y cervezas antes de que pudiéramos entrar, quedaba un poco de vino que ya estaba caliente. Un chico se acercó y nos preguntó si le podíamos convidar, que a cambio del vino nos daba faso. Nos contó que era uruguayo, que venía bastante seguido porque le gustaba mucho

la música de acá y que ésta era su primera vez viendo a Los Rusos en vivo. También nos contó de la movida que había allá con la marihuana, que es legal desde el 87 pero que recién ahora la cosecha del estado está buena para vender, que pronto llegaría a farmacias y blá; de marihuana sabía todo. El pibe tenía pinta rara, era alto y encorvado, vestía una remera de Daniel Johnston y el pelo largo y revuelto. Nos reímos porque decía “ta” y “bo” en todas las frases, supuse que a propósito. Yo nunca fui muy fanática del porro, fumaba ocasionalmente pero acepté unas secas como para quedar bien.

Entramos y no lo vi más. Traté de buscarlo con la mirada, no sé si era porque estaba un poco entonada pero me parecía lindo. Al rato me di cuenta que también había perdido a mis amigxs, pero me quedé tranquila porque sabía que nos íbamos a encontrar para volver a casa, así que me dediqué a disfrutar el recital.

Las flores empezaron a hacer su efecto. Los Rusos hijos de Puta me gustan tanto que me dan ganas de garchar, mientras lxs escucho y lxs veo se me eriza la piel, la Rusa se duce con sus ojos llenos de furia y cuando mueve la cadera, la Osa golpea fuerte los tambores y muestra los dientes que están listos para mor-

derle el cuello al que se le acerque. Julián tuerce la boca como Billy Idol y Santi manosea el bajo mientras el sudor le baja por el pecho, haciendo que sus pectorales suban y bajen en cada nota. Miré todo su show imaginando que podría hacer el amor con lxs cuatro y me mordí el labio inferior. Calientan y lo saben, explotan su sensualidad. Se besan, se tocan, se sacan la ropa, te miran fijo, te tiran besos, sonrisas, te dejan al palo.

Con una birra en la mano Leo, el uruguayo, me interrumpe los pensamientos. Ambos sonreímos, se notaba que él también se había calentado. No sabía qué decirle, me sentía torpe, le pregunté qué se sen-

tía ver a Los Rusos por primera vez y me dijo que estaba fascinado. Entre tema y tema aprovechaba para mirarlo y cada vez que coincidíamos la mirada algo raro le pasaba a mi panza y a mis piernas, mi cara se enrojecía y la temperatura de mi cuerpo se elevaba un poco. Me dio vergüenza, traté de evitarlo y pensar en la música, pero eso me hacía calentar más. Sentí que Leo se había dado cuenta porque de reojo lo vi riéndose solo.

Fuera de Niceto busqué a Lucas por todos lados, habíamos quedado en que viajábamos juntxs hasta Morón pero no lo encontré, no tenía batería en el celular para poder

llamarlo y empecé a ponerme nerviosa. La monada adolescente ya se había dispersado y de mis amigxs, ni rastros. Podría haberme vuelto sola, pero Leo me propuso que fuéramos caminando hacia el departamento donde estaba parando, que estaba en la misma dirección a la parada del bondi, que si no lxs encontraba ahí podía subir y me prestaba un cargador. La caminata hacia Juan B Justo fue rara, estaba tensa y contestaba todas las preguntas con monosílabos. A medida que iban pasando las cuadras Leo rompía la distancia de nuestros cuerpos con disimulo, como pidiendo permiso. Cuando llegamos a la puerta me

animé a besarlo tímidamente antes de que pudiera meter las llaves. Ya dentro me alcanzó el cargador, lo enchufé en la pared de la cocina y lo apoyé en la mesada, antes de que pudiera darme vuelta sentí a Leo en el cuello. Cuando quedamos enfrentadxs traté de alejarlo un poco con los brazos, pero me alzó y me tiró en la cama. Me sacó la ropa y empezó a bajar con su lengua. Cerré los ojos tratando de relajarme, tenía un poco de miedo pero también estaba excitada. Las manos subían y bajaban presionando mi panza y mis piernas. Cuando estiré los brazos hacia abajo, sentí que el pecho transpirado que estaba tocando

era el de Santi, que el pelo de la Osa se enredaba con la cabellera rubia interminable de Luludot mientras me acariciaban la cara, que Juli rozaba sus piernas ligeramente peludas con las mías, el olor a sudor y el aliento a cerveza y faso inundaban el ambiente, se hacían cada vez más reales. Podía escucharlos riendo, el sonido que hacían cada vez que se besaban y me besaban, sentía sus manos entrelazadas tocándome por todos lados. Podía percibir las distintas texturas de esas pieles, suaves o amoratadas o velludas, con lunares o estrías, sentía todo ese peso alrededor y encima, su calor. No me animé a abrir los ojos hasta después

de acabar, no quería que Leo se diera cuenta que me había arrepentido de haber cruzado la puerta pero no sabía cómo escapar.



TRASTORNADOS

UTOPIANS



IV

Una tarde, volviendo en el Sarmiento, me lo crucé a Facu, un amigo de mi ex con el que había quedado buena onda. Le pregunté en qué andaba y me contó que iban a vender El Refugio, y apenas me lo dijo sus ojos se llenaron de lágrimas. Hubo un silencio corto. Me contó que la

casa era de un señor muy viejo que había muerto hacía poco y que los hijos decidieron venderla. El Refugio era una sala de ensayo, un estudio de grabación, un bar, un telo y sobre todo, el hogar de Facu ese último año. Amaba El Refugio, la había cuidado y arreglado durante 5 años. Yo no llegué a conocer la casa y eso me daba mucha rabia. Me hubiera encantado ser parte de la movida pero ser “la ex de Pablo” me había dejado afuera de todo ese mundo. Pablo fue el primer bajista de la banda de Facu, era caprichoso, quisquilloso, perfeccionista y muy muy hinchapelotas. Disfrutaba mucho tocar, se pasaba horas encerra-

do en su habitación probando acordes y arreglos para sus canciones, pero si no sonaban como él lo había imaginado se enojaba y no le podías hablar por horas. Yo no sabía nada de música pero igual me encantaba pasar la tarde observando su cara de concentración cuando practicaba. Al principio me daba ternura su obsesión, pero con el tiempo empezó a darme celos la idea de que me convertía en un adorno cada vez que agarraba el bajo.

Nuestra relación no funcionó nunca, discutíamos mucho a causa de su mal carácter y, sin embargo, no podíamos separarnos. Nunca supe qué era lo que le gustaba de mí,

pero yo sí sabía las razones por las que me quedaba. Me gustaba tener un novio músico tan deseado por las pibas del barrio, disfrutaba ver la rabia en sus ojos cada vez que paseábamos agarradxs de las manos, haciendo de cuenta que éramos felices e inseparables.

Una vez, la banda tuvo la chance de tocar en un evento grande que organizaba el Gobierno de la Ciudad, en capital. Cerraba Utopians y era una gran oportunidad para dar un salto y que más gente los conozca. Para festejar organizaron una fiesta en El Refugio después del recital, a la que no llegué a ir.

Pablo me invitó a la prueba de sonido. No tenía ganas de ir, pero acepté la invitación cuando me enteré que se habían sumado Maru y Cata, dos fans que habían encarado a mi novio más de una vez. Cuando me vieron me saludaron con sonrisas falsas que no les devolví, me caían mal y lo sabían, me quedé en un rincón a hacer de cuenta que estaba escuchando cómo sonaban.

Pablo se empezó a quejar de todo. Subí de acá, bajá de allá, traeme otro cable, este no sirve. No te hagas el estrella, decía Facu. Al no conseguir el resultado que esperaba se sacó el bajo violentamente y empezó a enumerar a los gritos un montón de fallas técni-

cas que no entendí. Discutieron muy fuerte. Facu trató de calmarlo pero fue inevitable que llegaran los empujones y las piñas. Corrí hacia ellos para separarlos pero cuando me acerqué, mi novio me agarró fuerte de los dos hombros y me empezó a gritar. Estúpida, vos no entendés, viniste a ver, cerrá la boca.

Me sostuvo la mirada durante unos segundos sin decirme nada. Las lágrimas brotaron de mis ojos aunque traté de aguantarme. Escuché cómo Maru y Cata hablaban algo en voz baja y se reían. De mí se reían, no hacía falta voltearme a verlas, sentí su mirada. Me paré rápido, agarré mis cosas para irme a

mi casa. Lloré de rabia, ya estaba acostumbrada a los malos tratos de Pablo pero no a que me expusiera de esa forma, frente de todxs; frente a ellas.

La banda se disolvió después del recital, la fiesta se hizo igual aunque Facu y Pablo no se cruzaron ni una palabra en toda la noche. También me contó que ahora sale con Cata y que tienen un proyecto juntxs. Lo sabía, pensé. Me reí un poco para disimular la bronca. Facu siguió contándome el destino de cada integrante de la banda antes de llegar a la estación Castelar. Cuando llegamos se puso a jugar con los cañitos plateados del techo mientras espe-

raba que abrieran las puertas. Antes de bajar me miró por arriba del hombro y se lamentó porque nunca había ido, que no tenía por qué tener miedo de aparecer, que a Pablo después de esa noche no lo vio más. Pero no era él lo que me daba miedo, tampoco me importaba sentir su frialdad, su soberbia, ni siquiera me hubiera dado celos verlo con Cata. Lo que me aterraba era volver a sentir esas miradas y escuchar otra vez sus murmullos “¿de qué se asombra? si sabe dónde y con quién se metió”.



LA SOCIEDAD DE JULIETA

TOBOGÁN ANDALUZ



Juli me pidió que la esperara en la boca del túnel que llegaba de la facultad a eso de las once menos cuarto. Cuando llegó fuimos a La Fabrica de Pizzas y pedimos dos grandes extra queso, a la que le sobraron tres porciones. Nos tomamos una birra para hacer la digestión y otra

para caminar hasta Pompeya. Llegando a la esquina vemos el pelo rosa de Manuel, que vino corriendo con Sofi pegando un grito histérico y dándonos un abrazo fuerte y mil besos, dejándonos la cara llena del glitter que llevaban encima. Les pregunté si venían con Lucas y me dijeron que no porque “no le gustaban las cosas de puto”. Manu revolvió los ojos y Sofi puso cara triste. A mí me alegró que no viniera, últimamente estaba teniendo actitudes horribles con las chicas del grupo, sobre todo conmigo, y a Manu siempre lo ponía incómodo cada vez que hacía un chiste sobre gays. A Tobogán Andaluz los vi siempre

que tocaban gratis, no me gustaban tanto, pero cuando iba me encontraba con mis amigxs y la pasaba bárbaro. Si bien es la banda favorita de Juli, su look nada que ver al de lxs demás. Llevaba el pelo largo y enrulado hasta la cintura de color castaño oscuro, los labios pintados de coral claro y delineado delicado, vestía unos pescadores de jean y una remera de Soda Stereo que le robó al papá. Llamaba la atención no sólo porque era diferente, si no porque era hermosa, todxs se daban vuelta para mirarle la cola.

Entramos al bar para pedir más birra mientras esperábamos que empiecen a tocar. Juli me parecía

cada vez más linda, cada vez que sonreía achinaba sus ojos y yo me sonrojaba.

Nos levantamos para ir al escenario porque se estaba llenando de gente, cuando empezó el recital nos separamos, la birra me había puesto alegre, estaba un poco mareada y todas las piñas del pogo me tiraban al piso, Manu y Sofi me atajaron un par de veces. La miré a Juli que estaba delante mío, vi cómo saltaba en cámara lenta, mientras las gotitas de sudor le recorrían la cara. Irradiaba luz, cada vez que la veía sonreía y yo estaba cada vez más torpe. Manu me dijo que fuera y me la encare, que si decía que no, le podía echar la culpa

alcohol. Me dio vergüenza que me sacara la ficha tan rápido. Llegué a la espalda de Juli sin decirle nada, justo cuando empezó uno de los interludios. Se hizo un rodete con su pelo para abanicarse la nuca, aproveché para acercarme más y le soplé el cuello transpirado, los cachetes se le pusieron rojos. Se dio vuelta para agradecerme con una sonrisa tímida, me agarró la mano para que bailáramos juntas, pero me corrió la mirada cuando se dio cuenta que tenía intenciones de besarla y me soltó disimuladamente para irse al otro costado. Manu miró todo desde la otra punta, lo miré y subió los hombros como diciendo no sé. Mi esta-

do de alegría se esfumó y bajé diez cambios de golpe. Me fui al fondo hasta que Tobogán terminó de tocar. Nos fuimos rápido, apenas terminó el recital, Juli me dijo que no tenía ganas de quedarse pero no le pregunté por qué. Vimos que nuestro colectivo estaba por llegar a la parada y lo corrimos, yo me bajaba primero entonces me senté del lado del pasillo toda despatarrada con las piernas de costado, ella miró por la ventana con una mano tapándose la boca todo el camino. No dijimos ni una sola palabra. Hice una mueca de dolor y cerré los ojos con fuerza, pasándome la mano por la cara, como queriendo despabilarme. Me

preguntó si me sentía bien y le contesté que sí, que tenía sueño. En realidad, sentía vergüenza.



BUENOS AMIGOS

AMOR EN LA ISLA



VI

Si no conocía una banda que me llamaba la atención o me recomendaban, la buscaba en bandcamp. Si estaba, le daba una oportunidad sin pensarlo. Podían gustarme o no, pero que estén ahí me daba una sensación de seguridad, de que había alguien como yo haciéndola o escuchándola-

la, que hablábamos el mismo idioma. A pesar de la era digital me gusta comprar discos. La sensación de romper el plastiquito, no rayar el disco, encerrarme en mi habitación todo el día, tirada en la cama, escuchando mi canción favorita una y otra vez. Eso con bandcamp no se puede, podés escucharlo 3 veces y después tenés que pagar. Pagar por unos y ceros. Prefiero pagar por algo que puedo tocar.

La primera edición de Playa Crocante, el primer disco de Amor en la Isla, salió en julio de 2016, venía con la entrada del reci que dieron en el Konex. Estaba muy emocionada por esa fecha, a la banda

la seguía desde que Sol Marianela tocaba sola, y cuando empezaron a tocar en formato trío me coparon un montón. Una vez la fuimos a ver con Pablo a Laberinto, era su última fecha antes de irse de gira por España y la última antes de formar la banda, Sol casi rompe un amplificador por hacer piruetas por el piso, tocó la batería y un cover de Massacre que me encantó, hacía mucho calor y en los últimos temas tocó en tetas. En ese momento me lamenté no haber ido a verla otras veces, había anunciado ese recital como “La última fecha de Sol Marianela” y no había dicho nada sobre formar una banda, pensé que era el fin.

El arte de tapa de Playa Crocante era precioso, un foto montaje de lxs tres integrantes de la banda tocando instrumentos mientras están en una playa de dibujo animado; de un costado hay un surfer montando una ola gigante y del otro un gatito en una isla con una palmera. Adentro, en el librito, una foto de Sol, Nacho y Lucas sonriendo bajo una lluvia de papas fritas y cuando sacás el disco aparece una foto de lxs tres tirados en la cama abrazadxs, sonriendo con carita de inocentes. Tiempo después a Lucas, el baterista, lo desvincularon por no cumplir algunos compromisos que tenía con la banda. Hubo peleas en Facebook,

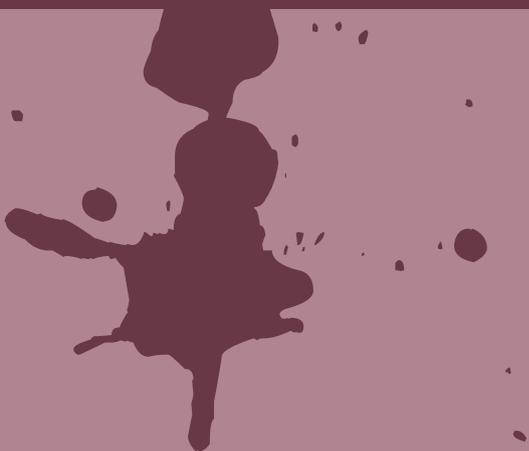
y amenazas a Sol y Nacho por parte de amigos de Lucas, hasta habló de denunciarlos. Después nos enteramos de que también fue acusado por su ex novia de abusarla sexualmente y desapareció de las redes sociales. La banda siguió tocando pero con su productor en batería, y decidieron rehacer el arte de tapa así borraba de alguna manera el mal recuerdo de su ex compañero. Ahora en la tapa sólo está el gatito en la isla con la palmera, y lxs acusaron de plagiar a la banda Best Coast porque los dibujos eran muy parecidos.

Yo quería tener las dos ediciones, simplemente para cumplir mis caprichos de coleccionista. El disco

era el mismo, sonaba igual, no tenía ningún tema inédito ni nada pero yo lo necesitaba en mi repisa con todos los demás. Siempre dudaba, cuando iba a los recitales lo miraba y no lo compraba, después me arrepentía, o andaba con la plata justa, entonces prefería tomarme una birra.

Pablo odiaba a Sol Marianela, la noche que me acompañó a verla a Laberinto me dijo que hacía todo por pose, a mí me había encantado todo el show y me sentía muy identificada con sus canciones. Tampoco le gustaba Amor en la Isla, pero me acompañó a verlos algunas veces, me decía que eran una banda de mierda que tocaban mal en vivo,

que les faltaba ensayo. Como él era un renegado y escuchaba esas bandas de músicx pretenciosx que a mí me aburrían nunca le daba bola, yo era feliz con el punk de tres acordes.



DE LA MANO

LAS LIGAS MENORES



VII

Llegamos a Pompeya diez minutos antes de que Las Ligas Menores tocaran porque nos quedamos dormidos viendo una película y nos despertamos muy tarde. Los colectivos a esa hora ya no pasan tan seguido y fuimos caminando, siempre por la avenida, por si de casualidad pasa-

ba un colectivo. En la esquina nos encontramos con Sofi y Manu, recibiéndonos como siempre a los gritos y abrazos, y con un vino preparado. Adentro estaba lleno de pibitas, la mayoría menores de edad, se les notaba en la cara la adrenalina de haber entrado a un bar con documentos falsos o escabulléndose por la puerta de al lado, cuando el patovica se descuidaba. En el pogo las chicas bailaban, se reían y se abrazaban, algunas lloraban por un amor no correspondido mientras gritaban la frase que más las identificaba, era una fiesta en la que se sentían seguras de ser ellas mismas, hasta que llegó Franco.

Franco medía 1.90 y tenía la espalda tres veces más ancha que cualquiera, una mirada intimidante y soberbia, la mayoría de las veces andaba pasado de falopa: tenía los ojos perdidos, la mandíbula le bailaba para todos lados y la comisura de sus labios estaba llena de baba; verlo era una imagen desagradable. Siempre caía a molestar cuando veía muchas chicas en algún evento. Primero, se las trataba de levantar y cuando no podía, buscaba bardo y terminaba a la trompadas con alguno. Nadie se quería meter con él, no había chances de ganarle en un mano a mano.

Cuando empezó el recital Franco se puso en el medio de brazos cruzados, pude ver cómo todas las chicas se caían al piso cada vez que chocaban contra él. Franco además de odiar a las mujeres, odiaba el mosh, cosa que a mí me encantaba pero que evitaba hacer cada vez que se aparecía, porque tenía la costumbre de agarrarme de las zapatillas y tirarme al suelo.

Esa noche me cansé y quise vengarme de alguna forma. Le pedí a mi hermano que me alzara y empecé a surfear entre los cuerpos, mientras me acomodaba como podía para llegar hacia él. Cuando sentí que su mano agarró mi pie con fuerza apro-

veché y le pegué una patada en la cara, la sangre salía a chorros por la nariz. Tiró un par de puteadas y se fue enojado. Pensé que por esa noche no nos iba a molestar más.

Cuando Las Ligas terminaron de tocar, nos despedimos de Sofi y Manu y nos fuimos. Mi hermano me dijo que doblara en la esquina, que no quería que lo viera haciendo pis porque le daba vergüenza, me reí pero igual le hice caso.

En la esquina me estaba esperando Franco que me acorraló contra la pared y me tapó la boca para que no gritara, me empezó a tocar por debajo de la pollera mientras me susurraba que se iba a cobrar la piña

que le pegué. Yo traté de zafarme pero no había forma, me doblaba en fuerza y tamaño. Lloré y grité con todas mis fuerzas pero nadie me escuchó, ni siquiera mi hermano que estaba doblando la esquina. Quería que llegara a rescatarme pero sabía que eso significaba que lo moliera a palos a él. Resignada cerré los ojos, traté de no escuchar su respiración agitada y de ignorar que me estaba frotando el pito por todo el cuerpo.

No pasó mucho tiempo de eso hasta que escuché una botella rompiéndose al lado de mi cara, me soltó para darse vuelta y ver quién se la había tirado. Era Sofi, que temblaba de miedo, y atrás Manu, mi

hermano y cinco chicas más que había visto en el recital con botellas de vidrio en sus manos. Aproveché que se había distraído y me agaché para escaparme mientras le tiraban todas las botellas que les quedaban. Cuando sonaron las alarmas del local que estaba al lado empezamos a correr hasta la avenida, Franco quedó tirado en el piso gritando. Vimos que venía un colectivo, no era la parada pero paró igual porque nos vio gritando y agitando los brazos, no sabíamos a dónde nos llevaba pero no nos importaba, porque sólo queríamos escapar. El colectivero nos preguntó si estábamos bien y le pedimos por favor que arranca-

ra. Cuando el colectivo se empezó a mover me sentí a salvo, me apoyé sobre mis rodillas tratando de recuperar el aire, nadie le contestó, estaban todxs esperando a ver mi reacción. Yo me reí nerviosa y me abrazaron hasta las chicas que no conocía y me largué a llorar. Me dijeron que no me preocupara, que Franco no iba a volver a molestar, se miraron serias y se bajaron del colectivo, caminando en dirección contraria, hacia donde había sucedido todo. Mientras se alejaban, pude ver como agarraban algunas cosas que de la basura, sus armas, pensé, para ellas la venganza no había terminado.



HERMANO

PYRAMIDES



VIII

Fuimos a Finisterre y nos encontramos con las mellis, dos pibas muy lindas, copadas y al parecer de mucha guita. Siempre que nos las cruzábamos nos invitaban la birra. Nunca las vimos chapando con nadie, ni con una chica ni con un chico, siempre estaban juntas y caían

a todos lados sin ningún grupo de amigxs, hablaban con todo el mundo pero nadie sabía de dónde venían, ni la edad que tenían. Tampoco sabíamos sus nombres, si se lo preguntabas te contestaba que le dijeras “Melli”. Si le hablabas a una, le hablabas a la otra, no se separaban nunca. Lo único que sabíamos con certeza era su fanatismo por el post punk y Joy Division, siempre tenían puestas remeras de su ídolo muerto que se mandaban a hacer o traían del exterior. Lauti estaba enamorado de las dos, y me pidió por favor que le hiciera la segunda para ir al bar donde tocaba Pyramides. Estaba seguro de que ellas iban

a estar ahí. Cuando llegamos, no solo estaban las hermanas, también estaba Fede, un chico con el que me escribía hacía tiempo pero nunca le había hablado en persona. Aproveché que estaba charlando con Lucas y lo fui a saludar para quedarme con ellos, a Lauti lo perdí de vista. Nos quedamos tomando unas birras y hablando hasta la madrugada, varias horas después de terminado el recital. Salimos y nos sentamos en la vereda. En un momento, Lucas me tiró la bronca de que lo estaba mirando mucho a Fede y se fue medio enojado para donde estaba Lauti. Las cosas entre nosotrxs estaban medio tensas desde hacía rato,

Lauti y mi hermano me dijeron que gustaba de mí y que le dolía verme siempre tratando de cojerme a todos menos a él.

Fede me contó que le llamaba la atención que el bajista y el guitarrista de Pyramides fueran hermanos porque no se parecían en nada, que, de hecho, el bajista era una versión esquelética y joven de Ciro Pertusi. Visualicé la cara del bajista y me reí con ruido porque tenía razón, él me miró raro y me dijo que no le parecía tan gracioso, me marcó que tenía una risa medio exagerada y me callé de la vergüenza.

Miré la hora, las cuatro de la mañana, tenía mucho sueño y me hacía

pis a cada rato del pedo que tenía. Hacía frío pero me saqué el buzo para que se me pararan las tetas, Fede no me dio ni un abrazo, pensé en que la teoría de los chicos era cierta, él y Lucas eran amigos desde la primaria y pateaban juntos para todos lados. Busqué a Lauti adentro del bar para que nos fuéramos y no lo encontré, lo llamé y no me respondió, tampoco estaba Lucas así que supuse que se habían ido juntos. Le tiré una indirecta a Fede para que me lleve en su moto a mi casa pero se hizo el boludo y no me quedó otra que ir a esperar el colectivo. Volver de Padua es un embole, no hay colectivo que me deje directo y

me tenía que tomar dos que tardaban una eternidad. El que se mete por el barrio pasa cada una hora, cuando es de madrugada, y el primero sale recién a las tres y media; lo descubrí una vez que me quedé tomando cerveza con Sofi en el mástil de la plaza, frente a la terminal.

Me costó meter las llaves en la puerta cuando llegué a casa, tenía sueño y había tomado mucha cerveza, llegué a mi cama y me desmayé.

A las 7 de la mañana me desperté por una llamada de un teléfono desconocido, cuando atendí escuché la voz de una mujer llorando. Lauti no llegó a casa, cómo que no está con vos, adónde fueron. Traté

de calmarla aunque yo también estaba nerviosa, corté para llamarlo a Lucas y ver si estaba con él, estaba desesperada. Cuando le conté que Lauti no había llegado a su casa me dijo que si no aparecía era mi culpa, que eso pasaba por querer levantarme a Fede y dejarlo solo. Su reacción me pareció impostada, el enojo que tenía era demasiado, no estaba aportando en nada y para no pelear le corté. Intenté llamarlo a Lauti otra vez pero tenía el celular apagado. No pude dormir hasta las 10 de la mañana, cuando Lauti apareció en mi casa con olor a vómito y la remera llena de sangre, me contó que se había quedado con las melli-

zas y que cuando le dijeron que se iban quiso perseguirlas. Que esperó 10 minutos para que se alejaran así no lo veían, quería averiguar dónde vivían. Después de haberlas seguido un par de cuadras por alguna diagonal de Padua las perdió de vista y lo interceptaron dos tipos que lo cagaron a trompadas pero que no le robaron nada. Estaba muy borracho y se quedó dormido, lo despertó la policía en la puerta de Finisterre, lo que le pareció raro porque, según lo que recordaba había caminado bastante. Pasó primero por casa para bañarse, me pidió ropa de mi hermano para que le preste. Le conté que me había llamado la madre. Por

eso pasé primero por acá, me dijo. Me preguntó si con Fede había pasado algo y le dije que no, que no me dio ni un beso, ni una vuelta en moto. “Es obvio que Lucas está enamorado de vos”.



IX

Fue después de ese fin de semana del terror que empezamos a dudar de todo y de todos. Empezamos a preguntarnos cómo no nos dimos cuenta. Una vez escuchamos rumores de que había hecho algo así pero no quisimos investigar demasiado,

quizás para no descubrir la realidad que esa noche nos pegó en la cara.

Del festival se había bajado La Ola que quería ser chau porque el cantante había sido acusado de abusar de una chica, nos enteramos por un video que andaba dando vueltas por YouTube con el testimonio de Mailén. En el video da detalles de su relación con él y de lo que le había hecho, doce minutos de horror, cuando lo vi sentí mucha impotencia y ganas de llorar. Con esa premisa fuimos para Auditorio Oeste, donde tocaba El Otro Yo. Estábamos tristes, en el ambiente se notaba que todxs habíamos visto el video porque no se hablaba de otra cosa, y

los comentarios sobre Cristian empezaron a aparecer. Al principio no lo quisimos creer, tratamos de buscarle una lógica pero al correr de los días tuvimos que aceptarlo. Dolió, nos sentimos traicionadxs.

Arreglamos con Sofi y Lucas para encontrarnos en la capilla de Parque Leloir a juntar ramitas, permanecemos en silencio, pensando. No nos hablamos hasta que cada uno llenó su bolsa. Después, fuimos al patio de mi casa. Hicimos un montoncito con las ramitas y le rociamos alcohol de quemar, por las dudas llenamos dos baldes con agua y corrí todo lo que había tirado por el pasto. Sofi fue la que más sufrió, era

muy fanática y nos pidió ser la primera. Prendió fuego el montoncito de ramas con un póster y empezó a llorar. Tiró todos los discos, uno por uno hasta llegar a Traka-Traka. Cuando lo agarró me miró como pidiéndome permiso, se lo había regalado para su cumpleaños, le dije que sí con la cabeza. Lo tiró y volvió a llorar. Lucas estaba enojado y muy serio. Tiró las dos remeras que tenía, una era de Abrecaminos y la otra de Ailabiu. Yo tiré junto con Mundo el recuerdo de Cristian pasando su mano por mi cintura para sacarnos una foto y el beso en la mejilla que me dio después; sentí mucho asco al recordar esa escena.

Nos abrazamos mientras se disolvía todo y nos prometimos en silencio no dejarnos engañar nunca por nadie, ni siquiera por nuestrxs ídolxs.



EL AMOR YA VA LLEGAR

BESTIA BEBÉ



Mientras tomábamos algo en la esquina, esperando para entrar, Sofi me preguntó qué es lo que había pasado con Lucas. Le conté que me invitó al cumpleaños de Fede y que me puse re borracha, que me lo quise levantar y cuando me rechazó me encerré en una de las habitaciones a llorar. Lu-

cas entró y me preguntó qué me pasaba. Se tiró en la cama conmigo y me abrazó como haciendo cucharita. Me empezó a contar unas boludeces y nos entramos a reír de anécdotas viejas. Cuando me di vuelta apoyó su cabeza en mi pecho. No usás corpiño, me dijo, y le contesté que no. Subió la cabeza para mirarme y le di un beso cuando estaba entrando Fede, que prendió la luz y nos vio justo. Nos tapamos la cara con las sábanas y gritamos. Fede cerró la puerta y nos gritó que esa era la cama de los viejxs, qué morbosxs, decía. Nos volvimos a reír y nos dimos un beso más largo. Lucas me preguntó si quería que fuéramos a otro lado, que le había sacado el Reno

12 al padre y que podíamos ir donde quisiera. Le dije que me llevara a casa.

Salimos de lo de Fede sin saludar a nadie y agarradxs de la mano. En el auto le conté mi relación con Pablo, el por qué decidí que nunca más me iba a poner en pareja con nadie, mi miedo al rechazo. Me largué a llorar otra vez. Paró el auto llegando a la esquina de casa y me abrazó. Me agarró de la cara y me dio un beso furioso, mientras tanto yo me secaba las lágrimas. Le pregunté si quería ir al asiento de atrás y me sonrió. Garchamos pero no acabé.

Después de eso estuvimos tres semanas sin hablar y lo invité a tomar una birra. Cuando me vio trató

de darme un beso, pero yo le corrí la cara con dulzura y le sonreí. La pasamos bien, muy bien. Lo vi contento otra vez, hacía mucho que no estaba así. Traté de no mirarlo mucho a los ojos y evitar los roces entre nuestras rodillas. Cuando me ofreció llevarme a mi casa le dije que prefería tomar el colectivo, trató de despedirse con un beso otra vez y le di un pico. Lo miré y le dije que prefería que fuéramos amigxs.

No llegué a contarle algunos detalles porque vimos que empezó a entrar gente y teníamos miedo de que se llenara tanto que no pudiéramos entrar. Cuando Bestia Bebé empezó a tocar nos reímos con amargura, Sofi

me abrazó y empezó a cantarme al oído el cover de Daniel Johnston que estaba sonando. Se apartó de mí, me hizo una caricia en la cara y me dio un beso en la frente, no hace falta que le digas que sí a todxs, me dijo, no sientas culpa.



EL HOMBRE NORMAL

MASSACRE



XI

Le dije a mi jefe que me sentía mal así podía salir media hora más temprano para llegar a tiempo. De esos 30 minutos me robó 10 y perdí todos los transportes.

Nunca había ido a Obras, había estado cerrado un largo tiempo y al principio la idea de ir a un lugar

histórico para el rock me emocionaba, y más cuando se trataba de una banda que me había marcado a fuego como Massacre. Sabía cómo llegar porque de chica mi papá me llevaba a la cancha a ver a River, mis hermanos mayores nunca le dieron bola al fútbol, entonces depositó todas sus frustraciones futboleras en mí, la hija menor, la última esperanza. Igual lo decepcioné, dos veces. La primera fue a los 8, cuando mi primo Ezequiel me llevó a la cancha del Defe, a escondidas de mi papá y de mi tía, y cambié la camiseta de la banda roja por la verde y amarilla, y a los 13, cuando sin querer vi un recital en el Gorki y descubrí el

rock, haciendo que me aleje de las canchas para frecuentar bares, plazas y estadios. El Gorki queda bastante lejos de mi casa pero muy cerca de mi colegio, ese domingo había arreglado con unas amigas para disfrutar el calorcito de abril, cuando es bastante atípico que el clima esté lindo. Llegamos y había unas bandas tocando. Mirá ese gordo ridículo con esa calza de leopardo, me dijo una. Al principio me reí, después me acerqué y empecé a escuchar qué tocaban. El gordo ridículo habló sobre el futuro, le dio la mano a algunxs pibes que estaban adelante de todo y preguntó: ¿Manal o Maná? ¿David Guetta o David Gilmour?

¿Voto a los 16 o quedarse con mamá y papá hasta los 40? Yo no entendía nada pero me sentía feliz, me había mimetizado con el público y la estaba pasando genial. Nunca había experimentado esa sensación, no se comparaba con nada, ni con cantar y saltar en la cancha, ni con el abrazo que me daba Eze después de un gol. Era un sentimiento distinto. Después de esa tarde todo cambió para mí, y para mi primo, que lo dejé pagando los sábados porque me iba a seguir, a la que se había convertido en mi banda favorita, por todas las plazas del conurbano y capital donde tocaban gratis.

Quería llegar temprano a Obras porque habíamos organizado con Facu de tomar unas birras antes de entrar. No pensé que el recital iba a empezar tan puntual, a mitad de camino me llegó un mensaje de él avisándome que ya estaba entrando, que la birra la dejábamos para el final. Bufé, estaba enojada y ansiosa.

En la puerta de Obras me encuentro con una fila de pocas personas y me alivió saber que no habían empezado a tocar. Cuando me palman, me encuentran el encendedor, me lo sacan. Otra vez un suspiro lleno de frustración. Después le siguió una puteada cuando escuché

los primeros acordes de Diferentes Maneras. Estaba lleno de gente y, si bien empecé a los codazos, no podía pasar adelante. Con dificultades a la mitad del primer tema llegué al medio y descargué toda mi ira en el pogo, pensé en mi jefe, en los coleccionistas que me vieron corriendo y no me esperaron, en el pajero que me piropeó a 10 cuerdas. Piñas y patadas. Hacía mucho que no los iba a ver, había descubierto otras bandas y los dejé de lado por un tiempo, después de que sacaran un disco que no me gustó nada y otro que me gustó más o menos. Antes de comprar la entrada dudé, pero sentí que si no iba al festejo de sus 30 años

a la larga me arrepentiría. Mi plan para esa noche era disfrutar como aquella primera vez donde me enamoré de la música gracias a ellos.

Cuando terminó el primer tema Walas dijo “esto es el fin de una era” y me quedé pensando. Después agregó una boludez sobre el fin del mundo y siguió cantando.

Pero “el fin de una era” quedó en *repeat* toda la noche en mi cabeza cada vez que terminaba una canción. ¿La era de qué?

Siguió el show y la gente gritaba emocionada, saltaba, a mí no se me movió un pelo. Me hubiera gustado estar feliz pero ya no sentía nada, entonces, cambio de plan; me puse

a un costado y escuché el recital tranquila. Siempre me gustó el quilombo, la transpiración ajena, quedarme afónica, pero esa noche algo me faltó. Recordé cuánto odiaba a las parejas abotonadas adelante de los recitales con cara de culo porque lxs estaban empujando, solté una risita triste porque por un momento pensé que me estaba convirtiendo en eso. Pasaron las canciones y las palabras siguieron ahí, rondando en mi cabeza, no sabía qué significaban, pero estaban ahí y no me dejaron disfrutar. Escuché detenidamente las letras y me di cuenta de que cada una representaba algo en mi vida y empecé a tener *flashbac-*

ks de situaciones que fueron musicalizadas con Massacre. Esa noche tuvieron un sentido distinto. Solté unas lágrimas a escondidas. Creo que ya no son más mi banda favorita. Creo que debería taparme los tatuajes que me hice. El fin de una era. Ya no somos adolescentes.





6 PEQUEÑA HONDURAS

107 FAUNOS



13 FUCK MALE SUPREMACY

FUN PEOPLE



22 FANCY

LOS RUSOS HIJOS DE PUTA



33 TRASTORNADOS

UTOPIANS



42 LA SOCIEDAD DE JULIETA

TOBOGÁN ANDALUZ



50 BUENOS AMIGOS

AMOR EN LA ISLA



58 DE LA MANO

LAS LIGAS MENORES



67 HERMANO

PYRAMIDES



83 EL AMOR YA VA LLEGAR

BESTIA BEBÉ



89 EL HOMBRE NORMAL

MASSACRE

Su documento dice Ana Paula, pero ella afirma llamarse Pola. Nació el 8 de abril de 1997 en Ituzaingó. Su primer recital fue uno de Miranda en el Club Argentino de Castelar cuando tenía 7 años. Fue productora del programa de radio AnimalBoy por cuatro temporadas. Publicó su primer poemario *Diario de viaje a Once* de manera autogestiva en 2018. Forma parte del Ciclo Monserrat. Tiene tatuajes de bandas que ya no le gustan.



POLA

[*aB*]
[*xfg*]
[*&eu*]



Gandhi

Esta *tipo* fue creada en México. Pensada por un equipo de tipógrafos y diseñadores mexicanos reconocidos internacionalmente, y avalada por un grupo de oftalmólogos, neurólogos, editores e impresores, la Gandhi es la tipografía que más facilita la lectura.

Es una tipografía que, al compararse en el mismo tamaño con otras tipografías, se ve más grande lo cual facilita la lectura. Al ser impresa en inyección de tinta (el sistema de impresión más utilizado en México), alcanza su grosor ideal. A diferencia de otras tipografías, que al aumentar su tamaño crean una mancha que dificulta su comprensión y cansa a la vista, esto no sucede con Gandhi. Es una tipografía ligera, es decir, compone páginas con poco porcentaje de negro, una característica apreciada por muchos lectores. Fue seleccionada para formar parte de la muestra principal de Tipos Latinos 2012 *5^{ta} Bienal de Tipografía Latinoamericana* (evento que, cada dos años, reúne las obras tipográficas más destacadas de la región).

Gandhi



*los títulos **nunca**
se agotan:
encargalos desde
el sitio web
o nuestras redes
sociales.*

catálogo



Quiero morir cuando termine este verano

de Pola
primera edición
funesiana en PDF
se trabajó con la
familia de fuentes
“Gandhi Serif”
en diversos
tamaños y
formas y se
ha terminado de
diseñar el día 17
de marzo de 2020
mientras literalmente
todo el mundo se guardaba
en sus casas a la espera
del fin de una pandemia sin
precedentes en la historia de
la humanidad hiperconectada.



NOS ABRAZAMOS MIENTRAS SE DISOLVÍA
TODO Y NOS PROMETIMOS EN SILENCIO NO
DEJARNOS ENGAÑAR NUNCA POR NADIE, NI
SIQUIERA POR NUESTRXS ÍDOLXS.



ISBN 978-987-4140-10-4



9 789874 140104